

la cabeza y trastornan al hombre. Antonio no presumía lo que iba de seguro á sucederle; no contaba con caer en los brazos de Cleopatra como cayó. Su codicia y su ambición la llamaron, pero el amor no había entrado para nada en este llamamiento. Ya estaba Cleopatra cerca, y él distribuía la justicia en su tribunal público, sobre su silla curul, á la luz del día y al aire libre, indiferente por completo entre los rumores que subían hasta sus oídos y que anunciaban una maga y una magia nunca vistas. Apelando á sus recuerdos, no hallaba fea, en verdad, á Cleopatra, pero tampoco tal que hubiese de mover así á las gentes y animarlas en tales fervores de admiración insensata. Mientras tanto Cleopatra subía por las aguas del Cidno. Su galera semejaba un palacio flotante de los Ptolomeos y de los Faraones. Bajo cierto aspecto parecía un santuario, según los dioses que la poblaban; bajo otros aspectos un museo y un teatro, según las obras de arte que la ornaban y los festejos que allí hervían. Un solio de oro se levantaba sobre su cabeza; cojines de púrpura se tendían bajo sus pies; el traje de Venus con todos los atributos propios de la incomparable Afrodites envolvía su cuerpo; velámenes de sederías tomaban en sus pliegues el viento; remos de plata movidos á compás empujaban la marina fábrica; orquestas en que iban concerta-

dos todos los instrumentos conocidos levantaban armoniosas y dulces sinfonías; grupos de niños con arcos y flechas recordaban los amores; coros de muchachas, las nereidas y las gracias; todo ello envuelto en azuladas nubes de perfumes, quemados sobre pebeteros de pedrería, las cuales nubes daban á la nave un aire de misterio que suspendía los ánimos y al ambiente un olor de mirra é incienso que trastornaba los sentidos. Mientras las gentes corrían á ver el espectáculo unas, á oír otras el concierto, maravillándose con el asiático lujo, con la incalculable riqueza, con el arte perfecto, con la hermosura voluptuosísima. con todos aquellos milagros, Antonio habíase quedado inmóvil y solo en su curul sede, pronunciando sentencias, cual si estuviese asistido por completo de los magistrados y del pueblo, idos todos á presenciar la llegada increíble de aquella omnipotente diosa. Buena hora de legislar, sentenciar, echárselas de leguleyo, ejercer la más útil pero la más prosaica entre todas las facultades romanas, aquella hora, en la cual venía, para contrastar tanta prosa, flotando sobre las aguas, encendiendo con llamaradas de pebeteros los aires, exhalando sinfonías, el genio teúrgico del Asia, con ánimo de vencer al genio positivo y práctico de Occidente. Como allí en Asia todo cuanto al suelo toca se trastrueca en algo divino



y fabuloso, los fantaseadores sirios gritaban que Baco se uniese á Venus, procreando, á la orilla de los ríos y á la sombra de los templos, donde tantos milagros se habían obrado y tantas maravillas se habían visto, una raza de semidioses, la cual pudiese volver al mundo los siglos edénicos, las armonías paradisiacas, las tierras bienhadadas, los cielos eternamente serenos, la florecencia universal, el concierto suave con que todas las teogonías en toda la historia enaltecieran el origen y cuna de los hombres.

Antonio fué movido por la gritería pública desde su tribunal severo á la voluptuosa nave, y durante aquel trayecto cortísimo no pensaba en la hermosura, pensaba en la riqueza de Cleopatra. Pero alma sensual, á la vista sólo del espectáculo tan sabiamente preparado, empezó á hervir en sus venas la sangre y á sobreponerse con suma rapidez y facilidad lo fundamental de su temperamento á todas sus otras propensiones, la sensualidad. Entrábanle por todos los sentidos, por todos aquellos también apercibidos y aparejados, llamamientos á los groseros apetitos suyos. El perfume con mixturas á propósito para despertar la naturaleza menos erótica; el concierto adormecedor de la voluntad y sensualísimo por sí; la vista de aquellas mujeres desnudas que parecían venir brindando amo-

res de la cercana Chipre, donde naciera Venus; Cleopatra, con todas las seducciones propias suyas aumentadas por el arte consumadísimo y el oriental lujo; todas estas provocaciones hubieran seguramente cautivado y rendido el ánimo y el espíritu menos dispuestos á la rendición y al cautiverio. Pero poned todos estos refinamientos como redes y trampas dispuestas á cazar alma sensual y viciósima de suyo como el alma de Antonio, y veréis cuán pronto cae desplomada sin remedio, en guisa de las aves engañadas por los reclamos de un amor fingido, por los reverbeos de una luz aparejada para deslumbrarla y atraerla. Cuando Antonio se acercó al purpúreo lecho donde se hallaba tendida Cleopatra ya subía loco, fuera de sí, presa de todo el sensualismo artificialmente diluído en aquellos aires, y no obstante todo esto, se defendió aún. Quiso que Cleopatra fuese á visitarle y se presentase de grado en su casa, con lo cual pagaba ella, reina, tributo de obediencia y humildad al soldado. De aquel minuto supremo pendía todo el drama. Si Antonio llevaba su resistencia personal á los encantos y á los hechizos de aquella mujer hasta el punto de mandarla en vez de servirla, todo estaba perdido para la reina, para el Egipto, para el Asia, y todo ganado en tan supremo instante por la odiada Roma. La marina fortaleza se derrumbaba;

los aparatos de sitio puestos en aquellas tablas á una se deshacían; marraba todo el poder de las seducciones femeniles sobre aquel hombre de la fuerza y de la naturaleza, convirtiéndose desde los comienzos el combate y el triunfo con que había soñado la maga, merced á sus atractivos y á sus gracias, en irreparable derrota. Las coqueterías de sus posturas, los juegos de sus palabras, los fulminantes rayos de sus ojos, las vibraciones de sus labios, las aposturas de su flexible cuerpo, la música engañosa de su voz, las insinuaciones y hechicerías de su alma, sirviéronle á una para vencer y dominar al general romano sin larga lucha y sin muchísima porfía.

El triunfo de Cleopatra resultó decisivo y completo. Pero las precauciones que tomara y el aparato de que acertó á rodear su visita muestran cuánto, allá en el fondo y secreto de su alma, desconfiaba del prestigio y del poder de su propia hermosura. Cuando joven rindió y encadenó á jóvenes como el hijo de Pompeyo, á hombres madurísimos como César en persona; mas á la sazón aquella, pasados los treinta, venido el primer cierzo de otoño, amarilleando ya y cayéndose las ilusiones y las esperanzas, necesitaba de perfidias que no había usado en sus primeros amores. Antonio, en el momento de su entrevista con Cleopatra, no estaba

todavía viudo de Fulvia. Ésta, más ambiciosa que amante, le hostigaba, queriendo se personase pronto en Roma y viese por sí cómo en Roma los políticos andaban á la sazón aquella. El pilluelo de Octavio, como le llamaban marido y mujer en sus conversaciones íntimas, con toda su poquedad en el alma, con toda su pequeñez y todas sus enfermedades en el cuerpo, cobarde por temperamento, inhábil en usar las armas, incapaz de comandar un ejército cual en Filipos lo mostrara, iba por muy tortuosas vías arrastrándose con ánimo de llegar al dominio y al poder absoluto en detrimento y mengua de los diunviro sus colegas. Los pretorianos de Antonio andaban sin recompensa ni retribución alguna, desnudos, hambrientos, merodeando por los territorios más ó menos feraces sobre que caían, mientras los pretorianos de Octavio, lisonjeados, ahitos, dueños de las tierras confiscadas y repartidas entre sus manos, andaban de aquí allá injuriando y oprimiendo á todos los que no fueran el sagaz amo y su divina familia. Tan irritada Fulvia solía sentirse á la continua bajo esta malquerencia del heredero de César á los suyos, que reunía legiones, y, poniéndose al frente, como un Marte femenino, escudo al brazo, al cinto espada y á la cabeza casco, provocaba y sostenía la guerra. Juzgaba, pues, necesaria la presencia de Antonio en Roma, si el po-

der adquirido por tan continuos esfuerzos había de conservarse. Y no presentándose por una razón cualquiera en Roma, Fulvia conjuraba con insistencias tenaces á su marido y le pedía un gobierno sabio y pródigo para Grecia y el Asia, excursiones por las montañas de Cilicia todavía rebeldes, la presencia en Armenia necesitada de yugo, la guerra con los parthos cada día más temerarios y más audaces, empeñados en sacudir el gobierno de Roma y en desacreditar á su general. Pero Antonio, que siempre había oído á Fulvia, en aquella ocasión suprema no la escuchaba. De Grecia hizo él una taberna. Como Baco, sensual, grosero y ebrio, se presentaba en las regiones asiáticas. Bajo tal disposición de ánimo y espíritu llegó á tropezar con Cleopatra, y en este tropiezo con Cleopatra se dejó todo su albedrío. La reina, poeta, sabia, política, pugnaba con todas sus fuerzas para elevar Antonio al nivel de su alma. Pero cuando veía que Antonio á ella no llegaba, precipitábase de cabeza en su degradación y en su miseria. Tañía la cítara griega, pulsaba el arpa hebraica, departía largamente con él sobre los negocios interesantes al común de su pueblo, disertaba sobre toda clase de materias, leía filósofos, remembraba versos, soportando sobre las grandes alas de su alma esclarecida é inspirada el sér un tanto rudo y fuerte de aquel

hombre; mas cuando no podía, ó no quería, por algún motivo, allá tan alto sostenerse, y no respiraba el cuitado bien, ella, lejos de arrojarlo al suelo, como á la tortuga el águila, y desprenderse de su cuerpo, se caía, se precipitaba con él á los hondos abismos de la vida, bebiendo y jurando, como un legionario borracho, por las cantinas, por los burdeles, por las zahurdas, por los garitos en correrías nocturnas vergonzosas, donde hubieran sentido náuseas hasta los más corrompidos y viciosos. Ella gustaba de los vinos exquisitos, de las viandas escogidas, de las ocupaciones graves, de las ciencias múltiples, leyendo los astros, paseándose por las edades históricas, así para combinar un sistema científico y religioso como para urdir una verdadera maniobra política; pero cuando Antonio se cansaba de todo lo intelectual, hasta de aquella verbosidad asiática tan por completo conforme con su nativa y propia elocuencia, recurría de súbito á goces materiales y á placeres nunca por él conocidos ni sospechados. Y si de tales placeres concluía por cansarse, fatigado y hastiadísimo, veía en él todas las propensiones de soldado más extravagantes y sosteníalas y acompañábalas en su originalidad y en su extravagancia. Por consiguiente, así que Cleopatra dejó el Cidno por el Nilo y Cilicia por Alejandría, siguióla desatenta-

dísimo, loco, fuera de sí, Antonio, sin atender á ninguna consideración humana, exento de todo escrúpulo, como incapaz de que la conciencia extinguida en su interior le arguyera con los remordimientos, dado á los placeres como el siervo á la cadena, é inviniendo placeres no soñados ni aprendidos en aquella mujer, cuyo breve y graciosísimo cuerpo parecía como un pomo donde se juntaban á una todas las esencias del Asia.

En estas enajenaciones de sí mismo recordaba que no podía perder su naturaleza de soldado, é iba con más ó menos resolución, pero con verdadera continuidad, apercibiendo los materiales destinados á servir la causa romana, ya que tanto con sus vicios y con sus voluptuosidades la deservía tristemente. Así mandó el lugarteniente Ventidio contra los parthos y reprimió con tan heroico legado á estos fuertes montañeses, tenaces irruptores en los campos sirios, desde que por los conflictos interiores de Roma las fronteras se descuidaron y las guarniciones se disminuyeron. Al mismo tiempo sella los litigios y los pactos entre Octavio y Sexto Pompeyo, perseguido éste á veces como un pirata y otras veces colocado casi á nivel de los triunviros en aquella continua inconsistencia del mundo romano y en aquella fluctuación incesante de los ánimos. Al cabo riñeron Octavio y Sexto, vencien-

do este segundo al primero, mas sin aprovecharse de la victoria. Como un viento de verdadera clemencia se había en aquellos días apoderado de muchas gentes, Sexto, viendo las naves de Augusto en fuga y el triunfo naval descendido por el hado á él, volvióse loco, y, proclamándose hijo de Neptuno, arrojó, para satisfacer á su divino padre, caballos y aun hombres vivos á las ondas, envuelto en túnica de color blanco y coronado por algas, perlas y corales, en guisa de cualquier divinidad marinera. Pero en vez de ir directamente á Roma é imponer la dura ley del vencido á Octavio, entretúvose con desembarques rápidos y baladies por costas lejanas de la Ciudad Eterna, como un ratero y merodeador vulgar. Así Octavio pudo rehacerse de tal rota y afrenta merced á las victorias sobre su nombre y su estrella traídas en el carro de Agripa, dirigido siempre á maravilla por la sabiduría de Mecenas. Antonio, que soñara mil veces con desafiar á Octavio, se detuvo cogido en las redes por éste con tanta destreza urdidas. A fin de tenerlo más cerca de sí, consigo casi, le dió por mujer á su hermana Octavia, virtuosísima dama, en la cual Antonio encontraba una esposa de honor y Octavio una espía de inteligencia. Semejante matrimonio convenía por tal modo á las miras de este último, que se verificó y celebró cuando Antonio acababa

de perder á Fulvia, tan fiel, y Octavia por su parte á Marcelo, tan amado. Estaba en cinta, tenía un póstumo en el vientre cuando la casaron sin escrúpulo con el feroz pretoriano, quien llegó á someterse de nuevo á esta coyunda por complicados razonamientos políticos y no por impulsos del corazón y del ánimo. Alzada entre ambos, entre Octavio y Antonio, lejos de aunarlos, apartábalos á la continua en disensiones sin cuento y sin medida. Octavia, mayor que Octavio, hija de otra madre que éste, contribuyó á su educación y le inspiró un amor filial. A consecuencia de tal amor venerábala y respetábala Octavio con culto supersticioso. Y á consecuencia del culto supersticioso veía mal, muy mal aquellas largas ausencias de Antonio y aquellos horribles despegos á que le movían las propensiones viciosas de su naturaleza y los amores vehementes con Cleopatra. Esta mujer hubiera debido brillar en la vida del bárbaro triunviro como esas lunas plateadas que serenan los mares y los cielos en nuestras noches del Mediodía, si Antonio llegara con el curso de los años á esa madurez en la vida que acalla las pasiones tumultuadas por la juventud y enciende sobre los oleajes del sentimiento tempestuoso y sobre los desvaríos de la imaginación desapoderada el claro sol de una conciencia sometida por completo al imperio de las leyes morales. Pero,

como la edad madura de Antonio fuera una borrasca deshecha, la presencia de Octavia en su hogar sólo sirvió para el acrecentamiento de su intensidad en las incidencias que debía venir por fuerza y para imponer al desvariado Antonio una tremenda responsabilidad.

Por fin Octavio se fué poco á poco desasiendo de todos los rivales que le tenían asido y que participaban de su imperio. Constreñido por la necesidad á dejar un día Sicilia, tan importante, á Sexto, se la toma al día siguiente, entregando el pirata en poder de los antonianos, que le ahorcaron. Luego se deshizo también de Lépido, que, viéndose roto con sus legiones, pidió, desceñido de su púrpura, un perdón, dado á condición de que pasara y consumiera su inútil vida en el destierro de Circea. Ya no tenía, pues, Octavio más rival que Antonio, dueño por esta sazón aún del Oriente. Para combatirlo con empeño y aniquilarlo con seguridad necesitaba largos preparativos y algún transcurso de tiempo. Desligado de Sexto y Lépido, volvióse á Roma en busca de un reconocimiento y un tributo para sus brillantísimos triunfos. El Senado le aguardaba con esa impaciencia por echarse á sus pies que tanto se parece á la propensión de algunos desgraciados al suicidio. Aquel joven de veintiocho años, menudo, bajo, tímido, enfermo,

pasaba por consentimiento universal á padre de la patria. En su afán por arrastrarse y servir el Senado se asemejaba de suyo en todo á un harén del Asia y los senadores á eunucos. Una columna rostrata se levantó en el centro de Roma con la efigie áurea de Octavio en su cima y al pie los nombres y las fechas de sus victorias. Cada fecha pasó á festividad máxima de la ciudad y fué inscrita en los fastos. A su regreso triunfal, cuando por cerca de Roma iba, le recibió el pueblo, componiendo por las vías de su arribo deslumbradoras procesiones. Después le votaron en los comicios del pueblo residencia y casa privilegiadas sobre las alturas del Palatino. No contentos con esto le decernieron la inviolabilidad tribunicia y le designaron una sede personal junto á la sede antigua de los tribunos romanos. Aun les parecía poco á sus aduladores, y concluyeron por divulgar, en la decadencia del sentimiento religioso, aquello mismo proclamado de Numa en los albores del sentimiento religioso, la comunicación y comercio suyos con sobrenaturales númenes. Varios pueblos alzaron templos á su divina figura y establecieron culto litúrgico en su honor. Estos templos y sus altares llenábanse á la continua de ofrendas y exvotos. La fortuna sonrió mucho á este hombre. Junto á sí tuvo sumiso entera y eternamente un militar como Agripa. ¡Él,

tan tímido y perplejo, encontró fuera de sí, pero á su lado, el carácter bélico que le faltaba y la propensión predominante al combate sin la cual no pudiera ejercer su imperio y dominar en Roma. Pues si Agripa era bajo el poder de Octavio la guerra en persona, Mecenas era la política. El uno le llevaba los enemigos atados ó dispuestos á reconocer la supremacía suya, el otro le llevaba los poetas sumisos y dispuestos á cantar su gloria. Hasta en los matrimonios suyos entró por mucho la política. Se casaba con tal ó cual mujer, más que por necesitar de su cariño por necesitar de su familia. No anudaba el matrimonio con ella, lo anudaba con los suyos. Los goces del amor ó de la familia éranle indiferentes. Todos buscan hijos en los matrimonios, él buscaba partidarios. Desposado con Servilia en su primera mocedad, no cumplió esta juvenil promesa, pretextando sus muchos deberes, pero comprendiendo ya cómo el matrimonio y la familia debían tener en él caracteres esencialmente políticos. Cuando le importaba entendérselas con Antonio, escogía por mujer la hija de Fulvia Clodia, engendrada por el infame tribuno, que repetiera las pravedades del demagogo Catilina entre los horrores y los desenfrenos de las guerras civiles. En cuanto su madre se alzó en las vías de Octavio, desenvainando la espada para dirigir los